



Los Amores de Una Reina

estos amores de un matiz profundamente arraigado, y tanto más emotivos cuanto inflaba sobre ellas todas las inquietudes incabables de una conmoción histórica como acaso jamás vuelva a repetirse.

La naturaleza íntegra de la reina, su natural sencillez y honrado, y todas aquellas sublimes virtudes que el infortunio más cruel hizo nacer en su alma, en nada desmerecen por soberanas que antes que un personaje falaz y desnaturalizado por una etiqueta ridícula, fué una mujer, y las más dignas de admiración.

★

Hans Axel de Fersen era hijo de un senador sueco, y a la par de su padre, dueño de una fortuna considerable. Siguió el apuesto joven la educación que en esa época se daba a los hijos de la nobleza, consistente en viajar unos años, por Alemania, Francia e Italia, con algún preceptor y estudiar sus costumbres y sus leyes. Salió Fersen de Suecia a los quince años, y a los dieciocho se hallaba en París, procurando dar a sus maneras ese afeitamiento, y a su inteligencia, ese "sprit", que eran considerados como algo inseparable de la capital del "más hermoso de los reinos, bajo el cielo".

Los retratos que se conservan de él, nos lo hacen ver como un hombre muy guapo, mus-

esbeltez de su talle, su gracioso andar, sus exquisitas maneras y su elegancia de buen tono, era una joven capaz de llamar la atención del hombre poderosamente.

Cuando la situación se hizo comprometedor entre los dos jóvenes, movidos por una súbita pasión, acaso primeriza, los cortesanos procuraron alejar a la imprudente coqueta, cuando ésta, para evitarlo, se quitó el antifaz: Hans Axel de Fersen tenía ante sí a la heredera del trono de San Luis.

Desde entonces, a pedido de la reina, se vuelve un asiduo de las fiestas versallescas. Un niño acaba de nacer. La repentina muerte de Luis XV, transforma a María Antonieta en reina de Francia. De Fersen, cuyo amor es sobre todo caballeresco a fin de no comprometer a la soberana con su "flirteo" ingenioso y sentimental, se marcha a Suecia. Cuatro años más tarde, en 1784, el caballero vuelve a Francia, y esta vez es para buscar esposa. Su padre así se lo exige. En seguida le reconoce la reina, cuando es presentado a la Corte. María Antonieta no puede pasarse de su presencia en Versalles. Escribe él por ese entonces al severo senador, que: "La reina es la persona más bonita y amable que haya conocido".

María Antonieta está perdi-



culoso, alto, bien formado, dotado de una mirada firme, y desprendiéndose de su ser, una virilidad encantadora. En el frívolo París de los grandes señores, sus éxitos mundanos fueron resonantes. Así se hizo saber a su soberano Gustavo III de Suecia, el respectivo embajador: "De todos los suecos que han estado aquí en mi época, de Fersen es el que ha hallado mejor acogida en el gran mundo".

★

El encuentro de María Antonieta con de Fersen posee todo el hechizo poético del de Julieta con Romeo. Tuvo el lugar en un baile de máscaras celebrado en la Opera de París, el 30 de enero de 1774, unos tres meses antes de la ascensión al trono de la entonces delfina de Francia. Así le percibió la princesa, comenzó ella a hablar al joven con toda desenvoltura en gracia al antifaz. El hecho no dejó de halagar sobre manera a De Fersen, pues María Antonieta, por la

damente enamorada, da señales inequívocas de su afecto a Fersen en todo momento, cuando canta, cuando baila, cuando le contempla de soslayo. La Corte empieza a murmurar. El caballero desaparece una vez más para no complicar la vida de su amada: se va a pelear a las colonias inglesas como ayudante de Lafayette. Durante los cuatro años de ausencia, es activa la correspondencia entre los apasionados enamorados. Al regresar a Francia ya desiste de casarse, y manifiesta a su hermana la razón de ello: "...no pudiendo pertenecer a la única persona deseada, la única a la cual amo en verdad, quiero permanecer libre".

A partir de 1785 Fersen ya no abandona a Francia. Entre tanto, el escándalo provocado por el asunto del coliar, que tanto desacreditó a la reina, a pesar de su inocencia, y tan odiosa le hizo al pueblo, habla transformado por completo su ánimo. Razón le asistía ante tanta calumnia inverosímil para sentar esta luminosa verdad moral, clave de su

altiva dignidad ante la desgracia: "Se siente mayormente en la desgracia, lo que se es en verdad".

Se aleja María Antonieta de sus privados, conoce finalmente la perfidia del mundo casquivano al cual entregó tan cabalmente su corazón, durante sus años mozos. En ese momento de soledad y aislamiento, aparece Hans Axel de Fersen para consolarla. Cuando ella era feliz, adúlada, cuando sus menores caprichos se imponían como modas, temía el caballero ser inoportuno, aparecer interesado; mas ahora que la soledad y el silencio rondan por el palacio vastísimo de Versalles, y por el pequeño Trianon, el nido íntimo de la soberana, ¿quién se atreverá a dudar de su nobleza de alma, de su abnegación y de su caballerosidad?

"Ella llora a menudo conmigo, juzgad si debo quererla", comunica Fersen a la hermana amatísima que siempre estuvo al tanto del oculto secreto de su corazón.

★

Al morir prematuramente Mirabeau, se fue con él toda esperanza de salvar a la vacilante monarquía capeta. Había sentido el fogoso tribuno mayor en lo vivo la seducción y el valor de la reina. Al salir de la única entrevista que tuvieron ellos, exclamó: "Ella es un alma muy grande, muy noble y muy desventurada, mas yo he de salvarla".

Reducida la familia real a un desesperanzado cautiverio, escribió Fersen la huida de aquella a Varennes, donde la aguardaría el ejército de los soberanos aliados. Fracasó lamentablemente esta empresa, planeada con tanto amor e ingenio, de manera muy particular, porque el rey, indeciso siempre, rehusó la compañía del abnegado y resuelto noble; así salió de París.

Durante los tres angustiosos días que exigió el regreso a la capital, no tuvo María Teresa otro pensamiento que la situación de Fersen. ¿Habrá sido él arrestado o ejecutado por su causa?

A pocos días de este hecho, transida de pena, la reina escribe: "Vivimos... no regreses bajo ningún pretexto... ya no podré escribirte".

Y, más tarde le remite esta carta que contiene la más tierna y encendida explosión de su amor: "...Enviadme la dirección adonde pueda dirigir mis cartas; no puedo vivir sin ellas. Me despidió del más amante y el más amado de los hombres..."

Por intermedio del conde de Esterhazy, envió María Antonieta a Fersen un anillo con una inscripción alusiva a las flores de lis, que llevaba grabadas: "Cobarde es el que las abandona".

Correspondía plenamente al juramento de amor de tan cumplido amante: "Sólo vivo para servirte".

No pudiendo contener ya su angustiosa desesperación, de Fersen, el 13 de febrero de 1792 regresó a Francia con serio riesgo de su vida. Hombre alguno era allí más odiado; había sido puesta a precio su cabeza.

Bajo la égida de un disfraz y munido de un falso pasaporte, penetra el audaz enamorado en el palacio de las Tullerías, que estaba custodiado por 1200 guardias nacionales, y donde no menudeaban los espías. Prodigiosa es la inventiva del amor. Abre la puerta que conduce a los departamentos privados de la reina. ¿En qué trágico trance se vuelven a reunir estos dos seres nacidos el uno para el otro? Una noche pasó Fersen oculto; al día siguiente propuso otra vez al rey que huyera de la catástrofe, que se avecinaba a pasos gigantescos, mas este hombre, decente e íntegro, rehusó por no faltar a su juramento.

Esta es la última vez que se vieron María Antonieta de Francia y Hans Axel de Fersen.

POR

ALBERTO NIN FRIAS

ILUSTRACION DE GUIDA